

sino hasta las tres cuartas partes, y la fermentación no tarda mucho en manifestarse.

Se deja continuar la fermentación durante quince días dejando por el agujero una pequeña salida al gas, ó adaptando á los agujeros de los barriles un aparato hidráulico. Pasado este tiempo se llenan las pipas enteramente pasando el líquido de unas á otras, y tapándolas herméticamente.

En el mes de enero del siguiente año se trasiega el vino y se clarifica, y luego se cuela con la ayuda de la cola de pescado. Cuarenta días después se pone un poco de curiente y se procede á colarlo de nuevo, y cuando los posos son muy abundantes, hay que repetir otra vez esta operación.

En el mes de abril ó á principios de mayo se trasiega y se clarifica de nuevo, embotellándolo, pero poniendo ántes en cada botella una corta medida de *licor*, equivalente á unas trescientasimas partes del volumen del vino. Se llama *licor* una especie de jarabe que se prepara con azúcar piedra disuelta en un volumen igual de vino blanco purificado.

Para embotellar el vino hay cuatro obreros diferentes. Se han inventado muchas máquinas para tapar las botellas; la de Mauricio que es sin duda la mejor, hace entrar el tapon derecho en la botella. Para atar los corchos se emplea generalmente un instrumento llamado *calbotín*, que los obreros tienen entre sus piernas y que sostiene la botella. Cuando las botellas están llenas, tapadas y atadas se ponen echadas con el cuello inclinado bajo un ángulo de unos 20 grados, para que los posos que se forman mediante una lenta fermentación, se acerquen al cuello y al corcho. Al cabo de ocho ó diez días se aumenta la inclinación en el mismo sentido hasta 45 grados; se dejan pasar dos ó tres días más, y se levanta aun más el fondo de la botella para reunir todos los posos en el tapon; las botellas están entonces en una posición vertical, con el corcho dirigido hácia abajo. Enseguida un obrero, poniéndolas bajo el brazo una por una, va sacando poco á poco el corcho en donde están los posos, los estrae, y después se tapan y se atan de nuevo, echando ántes en la botella una nueva dosis de *licor*. A veces hay que repetir dos ó tres veces la misma operación cuando se quiere obtener un vino bien claro y espumoso.

El vino de Champana fabricado como hemos dicho puede beberse de diez y ocho á treinta meses después según los progresos de la fermentación.

El elevado precio de este vino consiste en que además de los gastos considerables de su fabricación, tiene muchísimos desperdicios, no solo por las alternativas á que se halla sujeto, sino también porque se rompen muchas botellas en las cuevas.

UN MATRIMONIO A ESTOCADAS.

Después de la toma de Belascoín, que inauguró tan victoriosamente para el ejército del Norte la campaña de 1839, añadiendo á las infinitas glorias del regimiento número 41 de infantería (San Fernando) el honor de presentarse en formación con la bandera del reducto enemigo, que un cazador de aquel brillante cuerpo había arrancado con sus propias manos del asta, siendo el primero en asaltar el fuerte, pudo verse á un oficial de artillería de la división de vanguardia, quien después de abrazar uno tras otro á sus numerosos amigos de todas armas, que le estrechaban con lágrimas en los ojos, montó á caballo sin vacilar, tomando la vuelta de las alturas de Legarda, seguido únicamente por su asistente.

Digamos algunas palabras sobre este oficial.

Don Guillermo de Contreras, primogénito y huérfano de una noble familia de Aragón, era joven de buena figura, valeroso y resuelto, que á la altivez de sus instintos de caballero, juntaba varios defectos propios de su edad, y más aun de la vida militar de los campamentos. Jugaba todo su caudal en una puesta: amaba con furor cinco minutos, y se batía con el mayor desden por un quitanie allá esas pajás. Con tales virtudes y defectos era nuestro don Guillermo el calavera mas elegante y disipado del ejército del Norte.

Durante los tres días del asedio de Belascoín, se habia conducido como un héroe, mereciendo por diferentes hazañas las pruebas mas señaladas de aprecio de su general que admiraba su bizarría. Pero al disparar el último cañonazo contra los parapetos enemigos, habiase cruzado de palabras con un ayudante de campo del general, que le ordenaba suspender el fuego, y pocas horas después tuvo lugar un desafío terrible, en que el malogrado ayudante perdió la vida, recibiendo Contreras una estocada que le obligó á guardar cama por mucho tiempo, no debiendo su curación á otra cosa que al vigor de su temperamento y á sus pocos años.

Echóse tierra sobre este asunto y cuando los médicos del ejército recomendaron á Contreras el aire del campo, como el único capaz de restablecer las fuerzas de su salud de todo en todo comprometida, pidió una licencia temporal que pensaba hacer absoluta, y partió para su casa de Ayerbe, donde le quedaban todavía algunas tierras de pan llevar, un asistente, soldado viejo, por toda compañía, una trahilla de perros estenuados por la dieta, y tres ó cuatro caballos de laboranza y de silla.

Seis meses habian pasado desde que vimos á Contreras despedirse en Navarra desus amigos, y en todo ese tiempo no ha hecho otra cosa que recorrer las montañas vecinas, esperando que Dios se dignase devolverle su vigor primero.

Una tarde que Contreras acababa de tenderse en un sofá, fatigado de perseguir inútilmente á una liebre, oyó de pronto un gran estrépito que partía debajo de sus ventanas: los perros ladraban en el patio, los caballos piaban en la cuadra, los mozos de labor gritaban y corrían por toda la casa. Don Guillermo, que á la sazón no debia encontrarse del mejor humor que digamos, se levantó cojiendo un látigo de caza, para poner en órden á sus gentes, cuando de improviso se abrió la puerta de su cuarto y don Juan de la Vega Tarxis, uno de sus compañeros de dispacion, vino á arrojarse en sus brazos.

—Pronto, la comida: tengo mas hambre que un lobo, dijo don Juan, después de cambiar algunos abrazos con su amigo: aquí me tienes, amigo Contreras: hace ocho días que voy galopando por esos mundos de Dios, y no hay nada como los viajes para abrir el apetito. Si no te apresuras á ofrecermela mesa bien provista de manjares, la España te deberá la muerte de uno de sus mas valientes capitanes.

Una hora después don Guillermo de Contreras y don Juan de la Vega Tarxis, sentados el uno en frente del otro, daban repetidas cargas á una porción de platos y botellas, que dos ó tres montañeses tenían cuidado de colocar en la mesa.

Cuando el apetito voraz del viajero se hubo calmado un tanto, fué á sentarse haciendo eses en un antiguo sillón de baqueta y empezó á charlar sin tiento ni medida, atrapando ora una ala de perdiz, ora una pierna de liebre, ora una marga de jamon frito, interpolado todo con rico mostagan de Carlifeña y hermosos puros de la Habana. Al verlo arrellanado de aquella manera, con la mirada ardiente y fosca, y los labios húmedos y encendidos y las megillas abotargadas

por el vino, teniendo en la mano izquierda un vaso lleno de mosto, mientras hablaba con entera libertad cuanto le venia á la boca, creemos que no hubiera habido ninguna persona de gusto y amiga de los placeres, que no hubiese tenido envidia al capitán don Juan de la Vega Tarxis.

—Si, amigo mio, el inspector me envía, no sé por qué á unirme á mi regimentó, que está acantonado en la Ribera, y yo he querido pasar de Zaragoza sin venir ántes á disfrutar contigo tres ó cuatro dias de gaudiamus.

—Mejor harías en pasar cuatro semanas; pero ¡Ay! temo mucho que emprendas enseguida las de Villadiego, porque mi sociedad es muy poco apetecible; te lo advierto, capitán, mi sociedad no es mejor que la de un trapense.

—Vamos á ver, replicó el capitán, dirigiendo una mirada á los muebles ahumados y á las puertas de encina ennegrecidas de las habitaciones: pues, señor, en verdad que no puedo cumplimentarte por la acertada elección que has hecho de tu retiro: ¡pardiez tu palacio es un nido de lechuzas! ¡Qué horror! y los muebles... ¡qué muebles! se parecen á tu palacio. Chico, por aquí debe habitar algun hechicero ó nigromante, y vamos á tener necesidad de agua bendita para pasar la noche. ¿Qué diantre es lo que haces en esta lóbrega madriquera de sabandijas?

—Medito, cuando llegaste leía...

—Los Cantos del Trovador, ¿no es esto? Dame acá ese libro; ¿pero qué vez? ¡El Hombre feliz!... ¡chico, te has vuelto loco?

—No, me he vuelto pobre.

—Toca esos cinco, hermano... ¿Pero cómo es posible que tú, á quien he conocido tan rico, tan brillante, con un fausto tan espléndido, hayas podido disipar tu fortuna en ménos de seis meses?

—Pues chico, se ha disipado completamente. Ya sabes que en el sitio de Belascoín se jugaba al aire libre como en Pamplona y Tafalla. Yo llevaba hácia tiempo una vida tan desarreglada, que mis últimas pelucas huyeron de mi bolsillo, cuando las miserables me eran mas necesarias. Me encontraba sin una blanca, y mi derrota era infalible, cuando aquel necio que sabes todo el capricho de contraer relaciones con mi espada, lo maté y él me hirió: los físicos me recetaron este punto como mas á propósito para mi salud, y aquí vivo, y como no sé que hacer para matar el tiempo, mientras vuelvo mi fortuna de su largo viaje, he tomado el partido de trasformarme en filósofo. Esto te explicará mejor que nada que mi ruina es verdadera.

—¿Pero no te han quedado tus rentas y tus tierras?

—Nada, chico, nada mas que esta casa desvencijada, que el viento echará por tierra el mejor día. Cuando recibí la herida de marras, hubo alguna alma caritativa que se entretuvo en dar por segura mi muerte: la noticia voló como un rayo desde Pamplona á Zaragoza, desde Zaragoza á Madrid, y mis acreedores atemorizados se dispusieron á recoger mi herencia. Al llegar á mi casa solariega de Ayerbe, me vi asaltado por una multitud de cuentas, recibos y pagarés, cuya totalidad ascendía á una suma respetable. Quise poner un poco de órden en mis negocios, pero chico, estaban tan embrollados, que después de la liquidación general, apenas me quedaron quinientos duros en efectivo, y este caseron cuarteado por los cuatro vientos.

—¿Con que es decir que has pagado todas tus deudas?

—Todas, capital é intereses. Escrituras, rentas, tierras, casas y alhajas, todo ha pasado á manos de los judíos, quienes en cambio de mi rico patrimonio, me han dado un le-

gajo de papeles, que he puesto en aquel arcon entre los pergaminos de mis abuelos.

—Semejante conducta deberia hacerte indigno de mi amistad. ¿Cómo, pagar sus deudas el rey de los valientes, el pontífice de los calaveras del ejército, lo mismo, mismísimo que si fuera un pelafustán del otro siglo! A fé mia que no lo entiendo, y estoy seguro de que todos nuestros camaradas te repudiarian si lo supiesen. Pero yo te perdono, Contreras; semejante locura ha nacido, sin duda, de algun estravio de tu cerebro, y es preciso enderezar de nuevo tu reputación comprometida con tantas simplezas. Quiero que antes de seis meses logres con tu crédito y mi favor, el rango que corresponde á tu clase. Voy á Navarra, pero antes de tres semanas estoy de vuelta, y te llevo conmigo á la corte.

—Imposible, amigo mio, no emprende uno dos veces la misma viajata cuando es larga y peligrosa.

—¡Bah! tú no harás mas que proseguir tu camino.

—Pues señor, ya que es forzoso decirte todo, te lo diré: capitán, estoy enamorado...

—¿Tú, Guillermo de Contreras!... Vamos, cuéntaselo á otro primo: la broma me parece de mal gusto.

—Pues es la pura verdad, te lo juro.

—¿Qué locura!... Pero, no, es debe ser un capricho anacrónico, cuyo recuerdo desaparecerá tal vez mañana de tu memoria.

—Te digo que estoy enamorado, ¿lo entiendes? que amo con ardor y sinceramente por la primera vez de mi vida, ¿lo oyes?...

—Sigue, chico, que me agrada infinito. Yo he dicho lo mismo mas de doscientas veces á otras tantas mugeres, y estoy siempre dispuesto á repetirlo á otras mil. ¿Pero no me darás á conocer, mi tierra Macias, á la bellísima Cloris que te obliga á suspirar de ese modo?

—Mañana la verás.

—¿Aquí?

—No, en la iglesia, adonde va á misa con su tía todos los dias.

—De manera que oyes misa por lo visto, siete veces á la semana.

—Poco ménos, pero ¡ah! cuando la veas comprenderás mi pasión. La señorita de Velez es un ángel bajado del cielo; tiene la hermosura de los serafines, y un candor... y una inocencia!...

—¡Bravo! la ilusión es como la de todos los amantes; pero chico, te pronostico, que el encanto se habrá desvanecido antes de un mes, ¿qué digo? antes de quince dias.

—Nunca, don Juan.

—Como quieras: me voy á la cama; las botellas están vacías, y pienso soñar contigo. Si mañana al amanecer te place conducirme á la iglesia te seguiré; entretanto buenas noches.

Al dia siguiente entre ocho y nueve de la mañana, don Guillermo de Contreras y don Juan de la Vega Tarxis, acompañaban con toda solemnidad á su casa de vuelta de la misa mayor, á la señora doña Eulalia de Velez y á su joven y linda sobrina.

Me parece, querido, dijo el capitán Contreras cuando estuvieron solos, que la joven no te mira con malos ojos: he observado que prestaba una grande atención á tus palabras, en tanto que no ha escuchado las mías: la he visto ruborizarse cuando se ha inclinado para devolverte el saludo, y creo que he atrapado también una mirada furtiva que sig-

nificaba muchas cosas. Guillermo, la palomita corresponde á tu amor.

— Esa es mi mas dulce esperanza, respondió Contreras; no me atrevo á creer que Julia llegue á ser nunca mia.

— Ya sabes que cuando se ama no se niega nada al objeto amado, y en todo caso, aquí estoy yo para combinar un robo.

— ¡Perderla! ¡Deshonrarla en pago de su amor!... nunca, capitán.

— ¡Diantre! preciso es que el amor sea un diestro misionero para convertirse en ese modo. Pero puesto que tu virtud de nuevo cuño se resiste á emplear los medios de ordenanza, dime, chico: ¿qué es lo que piensas hacer para casarte con ese ángel bajado del cielo?

— Yo la pediría, pero mi demanda sería negada. ¿No te he dicho que tiene el grave defecto de ser poderosamente rica?

— ¡Cáspita! he ahí un defecto, que presta un infinito encanto á sus virtudes de *serafín*. No te detengas por eso, pobre Adonis, y si te falta valor para pedir su mano, yo me encargo de hacerlo.

— No es posible, capitán: tu reputación, sobre ser mala, es bastante conocida para desempeñar con éxito semejante negocio.

— Gracias: te creía mi maestro en ese punto... Vamos, atrévete un poco, querido *filósofo*: cuando se ama es preciso querer, y cuando se quiere es preciso obrar. Atrévete siempre Contreras: si en la primera naufragas, ya encontraremos recursos para salir del paso, y si es cierto que estás tan enamorado como asegura, haz lo que te digo; espiélate con la tia, y marcha de frente al objeto.

— En resumidas cuentas, creo que tienes razon: al menos así sabré á que debo atenerme; voy á seguir tu consejo.

Aquella misma noche un criado anunciaba á la señora doña Eulalia de Velez, la visita inesperada de don Guillermo de Contreras.

Apénas estuvieron sentados el uno á la inmediación de la otra, nuestro bizarro artillero entró bravamente en materia, sin comentarios ni cumplimientos de ningun género.

— Señora, la dijo, pronto va á hacer seis meses que habito este país, y el mismo tiempo hace que experimento por vuestra sobrina el amor mas tierno y delicado. Vengo, pues, á pedirlo su mano. Mas antes que os dignéis responderme, permitidme que os haga una sucinta esposición de mi estado actual, á fin de evitaros el trabajo de pedir informes míos que nunca serian tan exactos como los que voy á daros de mi propia persona.

Y don Guillermo de Contreras, sin apercebirse de la sorpresa de la señora Velez, continuó su discurso con la gravedad mas estraña.

— Mi familia es demasiado conocida, en el país, para que tenga necesidad de hablaros de ella. Soy el único representante de una casa que se encuentra aliada por su nobleza con las principales de Aragón. Contaba con una fortuna regular, pero apénas me quedaban de ella seiscientos duros de metálico y el palacio que habito, que valdrá seis mil próximamente. Yo era capitán de artillería, pero supongo que ya no lo soy, porque á consecuencia de una herida que recibí en Navarra, vine aquí abusando de la licencia, que sirvió á mis acreedores para dejarme sin dinero. Habiéis vivido en Madrid, señora, y estais emparentada con lo mejor de la corte: no me detendré en explicaros por consiguiente, cómo es que me encuentro arruinado á los veinte y siete años: vos lo adivináis seguramente sin que os lo diga. Mi posición

como veis no es nada brillante; pero soy joven todavía, y tengo parientes y amigos poderosos. He adquirido alguna experiencia á costa de mi patrimonio, y puedo prometerme mejor éxito en el mundo con un poco de paciencia y buen sentido. En cuanto á mis cualidades morales... me parece he sido bastante franco en la esposición de mis faltas, para no creerme con derecho de hacer lo mismo con respecto á mis virtudes. Mis amigos hacen decir por todas partes que tengo valor y talento. Ahora, señora, dignaos manifestarme, si tal como tengo el honor de presentaros á vuestros ojos, podré aspirar á la dicha de ser admitida mi demanda.

La señora de Velez habia ido recorbrándose poco á poco de su estremada sorpresa, y como muger acostumbrada á las maneras del gran mundo, disimuló cuanto pudo su emocion: cuando el capitán Contreras hubo terminado su perorata, la de Velez se inclinó con grande ceremonia diciendo:

— ¿Me permitiréis, caballero, que os pregunte antes de haceros saber mi resolución, si sois por ventura el conde Guillermo de Contreras, cuya reputación de calavera y de libertino es tan grande en Madrid, como en Navarra y Aragón? Se habla de ese militar como de un segundo don Juan Tenorio, lleno de osadía, célebre sobre todo en sus aventuras galantes y sus duelos. ¿seriais acaso vos?

— Yo mismo, señora, me habia olvidado de mis aventuras galantes, porque el amor las ha borrado de mi memoria: en cuanto á mis duelos, puedo deciroslos todos, señora: aquí llevo sobre mi pecho ocho ó diez cicatrices que han sido devueltas con usura, os lo aseguro.

— Basta, caballero. No es porque estéis arruinado, sino por lo que acabo de oír de vuestra propia boca, por lo que me pongo á consentir en vuestra proposición. Despues de semejantes confesiones, no podría, sin faltar á mis mas sagrados deberes, concederos la mano de mi sobrina.

— Pero esa sentencia no será irrevocable? Dejadme al menos la esperanza de que con el tiempo...

— Imposible, caballero; sería una esperanza vana, y á fin de quitaros toda incertidumbre sobre el particular, os hago saber que dentro de una hora voy á empeñar mi palabra de casamiento con un sugeto que tiene sobre vos la ventaja de no haber adquirido la experiencia devorando su patrimonio.

— Es que, señora, en el número de las cualidades que acabo de haceros tan rápida enumeracion, me he olvidado de deciros que tengo una dosis fuertísima de firmeza ó de terquedad si quereis. Amo apasionadamente á la señorita Julia, y no podré nunca renunciar á ella por mas sensible que sea para mi vuestra negativa.

— Sin embargo, sabiendo que está prometida á otro...

— Me veo con él, le corto las orejas, y punto concluido.

— Don Pedro Letosa, es demasiado caballero para esquivar ningun linage de provocacion, y aunque no tenga como vos el hábito de las armas, creo que no verá con disgusto la ocasion de medirse con vos.

— ¡Ah! ¡con que es ese bello destrabillado! Tanto mejor; voy ahora mismo á hacerle una visita, y espero que cuando sepais de qué modo arriego mi vida por la muger que adoro, no me condenaréis á sufrir perpetuamente vuestra resistencia, que me hace tan desdichado.

El conde don Guillermo de Contreras volvió á su palacio con el humor mas alegre del mundo. Don Juan le esperaba en la plaza del pueblo, y así que se avistaron ambos, hizo saber el primero al segundo el estraño resultado de su visita.

— ¡Pardiez! querido mío, respondió el capitán; puesto

que el amor y los duelos andan en compañía, me quedo de servicio en tu palacio. Mi regimiento no tiene nada que ver con mi persona, y estoy resuelto á no dejarte sino muerto ó casado con tu capricho. En cuanto al negocio con ese hidalgo selvático, que trata de soltarte el mono, yo me encargo de arreglar las condiciones: voy á invitarle de tu parte para que se encuentre mañana con el arma mejor que sepa manejar, en el camino de la montaña.

Don Pedro Letosa era un noble aragonés joven y vigoroso, que no habia dejado nunca la casa paterna mas que para ir á la caza. Hallabase sentado á la mesa trinchando una hermosa liebre que habia cazado el día anterior, cuando don Juan de la Vega Tarxis llegó á cortar su apetito, proponiéndole de parte de su amigo el singular desafío, cuyo motivo no le era posible comprender. Aceptó, sin embargo, como valiente que era, y al otro día fiel á su palabra, se encontraba enfrente de don Guillermo de Contreras, cuya destreza y reputacion en las armas no hicieron mas que atropellar los latidos mas frecuentes de su corazón. A los primeros quites la espada de don Pedro, vigorosamente rechazada, se le escapó de la mano á diez pasos de distancia sobre la yerba, en tanto que la de Contreras agujereaba la camisa entreabierto del desgraciado cazador.

Don Pedro se puso verde y amarillo, cuando Contreras, bajando la punta de la espada y retorciéndose el bigote con aire fanfarron, rompió de improviso en la mas estupenda carcajada.

— No os hallais en disposicion de batiros conmigo, buen hombre, y ¡pardiez! me sería doloroso mataros, pudiendo entenderos con algunas palabras. Al hecho: no sé por qué se me figura que el amor no entra para nada en vuestro proyecto de matrimonio con la señorita de Velez, y siendo así desearia saber que interés es el que os mueve á pedir su mano.

— Un interés de conveniencia: nuestras tierras lindan unas con otras, y nuestras familias han vivido en relaciones muchísimos años.

— Perfectamente: ahora me toca á mi decirlo, señor hidalgo, que amo á la señorita de Velez, que mi dicha depende de mi union con ella, que estoy resuelto á perder la vida primero que verla pasar á los brazos de otro hombre, y en su consecuencia, al suplicaros que renunciéis á su mano, no temo lastimar los sentimientos amorosos de vuestro corazón. En cambio de vuestro pequeño sacrificio os ofrezco mi amistad; mas si esto no os acomoda, será preciso que uno de los dos deje de existir antes de diez minutos. Con que decidíis, ó mi mano ó la muerte.

Don Pedro Letosa no era cobarde, pero tenia un carácter dulce y pacífico; amaba la caza mas que á su novia, y por otra parte la habilidad de Contreras le era ya tan conocida... Miró, pues, al sitio en donde brillaba su espada, tan sutilmente arrancada de su mano, vaciló algunos segundos, por fin tendió la diestra á su adversario, diciéndole:

— Puesto que el sacrificio que me pedis puede tener alguna influencia en vuestra dicha, renuncio á la muger que amais.

Contreras se inclinó: las espadas volvieron á sus respectivas vainas, y los tres jóvenes se encaminaron juntos á desayunarse en casa de don Pedro Letosa, quien aquella misma mañana escribió una carta de excusas á doña Eulalia de Velez.

— Tu estremo no ha sido malo, decia don Juan á Contreras al retirarse ya de noche al palacio, pero es preciso que el desenlace corresponda al exórdio. No se trata de retroce-

der ahora, al contrario, en negocios de amor las locuras valen mas que los golpes de prudencia: arroja la vaina al viento, y sepa todo el mundo en esta tierra, que para obtener la mano de la señorita Julia de Velez, es preciso pasar antes sobre el cadáver del conde Guillermo de Contreras. Si mueres yo te sucedo, y aun soy capaz de llevar mi abnegacion hasta casarme con tu desconsolada amante y sus riquezas.

Contreras era demasiado calavera para no asentir á los consejos de don Juan. Invistió pues, á su asistente con el carácter de heraldo de sus resoluciones bellcosas, y á los pocos días nadie ignoraba en el alto Aragón que la espada del conde Guillermo unida á la del capitán Tarxis, se hallaban interpuestas entre la señorita de Velez y el altar.

Algunos pretendientes retrocedieron asustados, otros quisieron probar fortuna; pero los honores del torneo fueron siempre para Contreras.

Un conde de Barbastro volvió á su casa en carruaje herido en el rostro y en el pecho, otro caballero de Jaca recibió una estocada que le hizo guardar cama muchos meses, y por último un espadachin de Huesca quedó muerto en el lugar del combate.

La historia de estos duelos singulares causó por de pronto mucho ruido, llegando su eco hasta Madrid, donde las *Corinas* no comprendidas, encantadas con las proezas del capitán Contreras, se dieron en proponerle como modelo de amor á sus amantes.

La señorita de Velez, gracias á las astutas maniobras del galopin que el conde tuvo á su servicio, entretenia con este una correspondencia diaria de las mas sentimentales. No dejó de reconvenirle en un principio por haber dado tan sanguinaria publicidad á sus pretensiones amorosas; mas como al fin era hija de Eva, y no de las mas aricasas, concluyó por no poder disimularle, que su ternura hacia él habia llegado á ser mas profunda, desde que para posesión no temia arstrar la muerte á cada instante. «Si perreceis, le decia en la última carta, un convento será mi refugio.»

Por su parte la venerable tia fué ablandándose tambien con las plegarias de su sobrina y consintió al cabo de muchos esfuerzos, en recibir al conde: decia la buena señora para sus adentros y tenia razon, que un amor que inspiraba tanta audacia y perseverancia debia ser profundo y verdadero.

— Caballero, le dijo doña Eulalia en la primera entrevista, habéis conseguido agrandar á mi sobrina, triunfando al mismo tiempo de mi resistencia y con razon debéis estar orgulloso de vuestra firmeza; pero antes de concederos la mano de Julia, quiero someteros á una última prueba. Vais á marchar á Madrid á rehabilitaros en vuestro empleo, y si por espacio de seis meses vuestra conducta es tal que me persuadido habéis adquirido realmente la experiencia que tan cara habéis pagado, vuestro matrimonio será el premio del sacrificio: os doy mi palabra de ello; pero tened presente tambien que una sola estravagancia del género de las que habéis prodigado en vuestra dicha, os haria perder á mi sobrina para siempre.

— La prueba es difícil señora, lo confieso, dijo Contreras: mas quisiera batirme en brecha contra un reducido enemigo, sin embargo, suscribo á todo porque la ventura que me prometo arribando al término de mis ilusiones, me dará bastantes fuerzas para evitar los peligros del vinge.

Contreras partió para la corte y allí, gracias á sus buenas relaciones y á las sumas que le anticipó un pariente suyo, viudo y sin hijos, que vivía en Zaragoza, pudo revali-

dar su empleo de capitán de artillería, volviendo al ejército del Norte, donde fué á poco modelo de valor y de virtudes. Por espacio de tres meses su conducta se vió libre de toda mancha; pero habiendo sido destinado con su batería á la garnición de Madrid, no tardó en encontrarse con los compañeros ordinarios de sus orgías, que le pusieran en camino de las antiguas locuras. La pendiente era suave y resbaladiza: el conde conoció que los hábitos disipados iban á romper su frágil coraza de templanza y de castidad, y no queriendo perder en un día el objeto adorado de sus afanes, escribió á la señora de Velez la siguiente carta, que existe original en el archivo de la casa.

» Señora:

» Me encuentro en Madrid, rodeado de tantos lazos que á pesar de mi prudencia habitual temo mucho el evitarlos. Si el Lombr virtuoso peca siete veces al día en un lugar ordinario, aquí, señora, está uno expuesto á pecar catorce: hasta los santos, doña Eulalia, dejarían de ser fuertes contra tantas tentaciones y no debes permitir que yo sucumbiera, yo que por desgracia no soy santo. Salvadme pues, señora, de tantos peligros: la mano de vuestra hermosa sobrina, es la única que puede retener aun al borde del abismo, al pecador arrepenido que se encomienda á vos como á su ángel tutelar.

GUILLERMO, CONDE DE CONTRERAS.»

Doña Eulalia de Velez era rígida en extremo; sin embargo, no pudo menos de comoverse al saber los esfuerzos que hacía el bravo Contreras por entrar en la buena senda: las súplicas de su sobrina, que la rogaba que abreviase el tiempo de la prueba, y sobre todo la lectura de la extraña carta suscrita por el conde, la hicieron sonreír bondadosamente, decidiéndola al fin.

« El capitán don Juan de la Vega Yaxsis fué festivo de la boda. — Te convencos ahora, dijo á Contreras, de que en materias de amor la locura conduce siempre al objeto mucho mejor que la prudencia? »

— El hecho es, capitán, replicó el conde, que he seguido un extraño camino para arribar al matrimonio: puede decirse que he conquistado á mi mujer con la punta de la espada. Héla aquí, añadió, sacándola de la vaina; no me ha servido mal la pobrecilla... ¿pero ahora para qué la quiero? Toma, te la regalo.

— No, chico; guárdala para tí, y haz que sepa todo el mundo que la espada que tan bizarramente supo deshacerse en otro tiempo de una docena de rivales, se halla dispuesta todavía á rechazar del mismo modo á los amantes golosos. La señora condesa de Contreras es demasiado bella para no contarnos en la misma abundancia que la señorita de Velez, y un marido... puede tener necesidad de ponerse en guardia.

LA GOTA DE AGUA

CONSIDERADA EN SU ACCION SOBRE LA LUZ.

La gota de agua de que vamos á hablar no es de aquella que cayendo incesantemente sobre la piedra logra hacer en ella un agujero; no es tampoco de la que filtrando á través de las bóvedas calcáreas de las grutas las adorna con preciosas stalactitas, ó con pirámides y grupos fantásticos de alabastro, y no es en fin de la que puede sacarse de un panzano ó de una infusión para ser sometida al microscopio. No; vamos á hablar de la gota de agua formada por la condensación de las nubes ó de los vapores, que toma por sí misma la forma globulosa; de la gota de agua producida como una limpia y brillante perla por el rocío sobre las

flores y sobre la ligera tela de la araña; es de la gota de agua que procede del salto de una cascada, del choque de las olas ó del movimiento de una máquina hidráulica.

Sabido es que el agua existe en tres estados diferentes: se vuelve sólida por el frío, se liquida en el estado ordinario, ó se cambia en vapor invisible como el aire por la acción del calor ó por medio de una lenta evaporación, y en este último estado constituye una porción notable de la atmósfera en la que se disuelve en cantidad mas ó ménos grande según la intensidad del calor.

Cuando por causa del frío, hay mucho vapor en las rejiones elevadas de la atmósfera, entonces ese mismo vapor vuelve á pasar al estado de líquido, y forma una infinidad de globulillos que no pueden llamarse gotas de agua, á causa de su estremada pequeñez, pues parecen un finísimo polvo. El cristál muy molido tiene diferente aspecto que ese mismo cuerpo en granos perceptibles. Esos globulillos primitivos producidos por la condensación del vapor, constituyen las nubes en lo alto de los aires, y las nieblas en las regiones mas bajas de la atmósfera. Se sostienen entre sí por la misma causa que impide que se separen las partículas de una emulsión, ó las materias terrosas que enturbian el agua después de una tempestad; es el mismo fenómeno que los microscopos llaman movimiento browniano. Pero quizá hay también otra causa que ayuda á que se mantengan en los aires los globulillos de agua que componen las nubes. Lo mismo que un pájaro en su vuelo aumenta su ligereza específica alzando sus plumas sobre todo su cuerpo de manera que se encuentra entre ellas un volumen considerable de aire calentado y por consiguiente mas ligero, así también se conchica que cada globulillo de agua, se vuelva específicamente mas ligero si permanece rodeado de una misma capa de vapor, la cual no tendrá influencia ninguna sobre los globulillos mayores. Por no haber comprendido estas causas de la ligereza específica de las nubes, como también por explicar su diferente modo de acción sobre la luz, algunos físicos han admitido la extraña hipótesis de que el vapor, al condensarse, constituía vesículas formadas de una capita de agua muy delgada, con un espacio céntrico vacío ó ocupado por un tenue fluido.

Sin embargo los globulillos de agua de las nubes, acaban por reunirse en gotitas primero muy finas, pero que van creciendo hasta formar la lluvia; solo entonces influyen sobre la luz produciendo los vivos colores del iris que no pueden producir los globulillos.

El vapor disuelto en demasia durante el día en las capas inferiores de la atmósfera se condensa á lo último de la noche para producir el rocío; pero entonces se forman las gotitas desde luego porque los primeros globulos de agua condensada sobre las partecillas de los vegetales, se vuelven un centro de atracción para las nuevas moléculas de líquido. Estas gotas de rocío brillan al salir el sol como piedras preciosas sobre las hojas y las flores y sobre los hilos tendidos por las arañas. Algunas de esas gotas se reúnen también sobre las hojas, como en las de la berza que no se mojan á causa de su superficie charolada, rodando por ella como globulos de mercurio, cuyo brillo tienen también, reconociéndose muy bien entonces que esos globulos se forman lo mismo que se reúnen entre sí de la misma manera, por efecto de la atracción de las moléculas, porque obrando igualmente esa fuerza en todas direcciones, debe dar esa forma esférica en que todos los puntos extremos se hallan situados á la misma distancia del centro, y por consecuencia se equilibran entre sí.

También forma gotas enteramente redondas el agua dividida por el choque, por la agitación ó por la resistencia del aire cuando cae desde cierta altura. Estas gotas desaparecen ordinariamente cuando llegan á la superficie del agua; pero á veces se las ve saltar y rodar sobre la superficie como globulos de mercurio, como gotas de rocío sobre hojas de berza, sobre todo cuando entra el remo en el agua de un lago, y se activa la evaporación por un sol ardiente y una ligera brisa. Lo mismo sucede cuando un viento muy vivo se desliza sobre la superficie de las olas del mar, fenómeno que debe atribuirse á la capa de vapores en que se ve envuelto cada globulo. Una gota de agua sobre un hierro encendido conserva su forma y se halla protegida contra la evaporación por una cubierta de vapor hasta que bajando la temperatura del metal, el líquido hierve y desaparece prontamente. Pero sea cual fuere el origen de la gota de agua globulosa, su acción sobre la luz es la que vamos á estudiar aquí. El arco iris y todos los iris que se ven delante de las cascadas, de los surtidores de agua ó de las ruedas hidráulicas cuando se tiene por detras el sol, se producen por medio de la descomposición de la luz, atravesando dos veces su superficie y reflejándose una ó mas veces en el interior.

La gota de rocío que sobre los mas vivos colores á los primeros rayos del sol, va á darnos la explicación de este fenómeno. Tomemos por término de comparación una botella de cristal llena de agua y herida por la luz del sol. La mayor parte de esta luz tan viva atraviesa, refractándose, el líquido y las dos superficies del cristal, y viene á trazar sobre la mesa detras de la botella una figura vivamente alumbrada casi en punta de flecha, ribeteada con una línea mucho mas luminosa todavía que llaman *caústica*, y que es el resultado de la concentración de la luz. Además se observa que el mismo borb de esta caústica se presenta un poco enrojecido á causa de una descomposición de la luz análoga á la que se efectúa en un prisma de cristal. Pero no toda la luz atraviesa de este modo la botella; una porción menor se refleja sobre la superficie interna donde pega oblicuamente; esta porción reflejada así por una superficie curva y refractada de nuevo á su salida por otra superficie curva, deberá presentar un grado de descomposición ó de dispersion mucho mas considerable, es decir que los colores sobre los cuales la luz solar puede ser descompuesta por el prisma, se mostrarán aquí mas claros y distintos que alrededor de la caústica directa; además, estos rayos reflejados en el interior tendrán también un maximum de sesgo al que corresponderá una concentración de luz blanca ó coloreada. Por esto hay ciertas posiciones en que se distinguen oblicuamente en la botella matices ricamente coloreados. Ahora bien, cada gota de rocío, obra como la botella con la sola diferencia de que á causa de su forma esférica, los rayos que despiden después de una reflexión interior, se hallan dispuestos circularmente en toda la superficie de un cono de 82 grados, teniendo por eje el rayo que parte del sol á la gota de agua.

Teniendo los rayos diferentemente coloreados una refrangibilidad diferente también, los rayos rojos se hallarán mas separados, los violetos lo estarán ménos, y los demas colores ocuparán posiciones intermedias. Por esta razon, una sola gota de rocío, vista en una misma posición de ojo, no muestra sino un solo matiz que cambia con la posición que se ocupa, lo mismo que varias gotas de rocío vistas al mismo tiempo sobre diferentes puntos de una misma planta, estando bastante cerca, presentan colores diferentes. Si se hallasen un gran número de gotas al mismo tiempo y á la misma distancia del ojo, y en igual situación con respecto al sol,

darian todas el mismo color al mismo tiempo como se ve perfectamente si, volviendo la espalda al sol, se coloca uno delante de una gran rueda hidráulica cuyo movimiento sea bastante rápido para producir abundantemente esa especie de polvo de agua que producen también los surtidores y las cascadas. En este caso, en efecto, tiene uno delante, á dos metros de distancia, un verdadero arco iris de cortas dimensiones, cuyos colores intermedios se combinan de modo que reproducen la luz blanca. Una banda circular de gotas de agua sostenidas momentáneamente en el aire, ó cayendo lentamente, produce la banda roja estrema de este pequeño arco iris; pero los demas colores que deberían verse se hallan sombreados á la influencia de la mezcla de los colores producidos por las gotas que forman una banda circular continua, de manera que en el sitio donde debería hallarse, verbigracia, la banda amarilla, llega al mismo tiempo el rojo de una banda mas interna, y el color violado de otra mas esterna, que se hubiesen visto separadamente con solo interceptar otra cualquiera luz. Sin embargo, la mezcla de esos colores es lo que produce la banda blanca media del pequeño arco iris.

Las dos partes de los rayos que acabamos de mencionar no representan todavía la totalidad de la luz recibida por una gota de agua; hay una segunda reflexión parcial que se verifica en el punto de donde salen los colores coloreados que forman los arco iris de que acabamos de hablar. Esta segunda reflexión parcial va seguida de una tercera emergencia parcial que produce rayos coloreados mas débiles, pero mucho mas manifiestos. Estos rayos, aunque ménos vivos, son muy visibles en las gotas de rocío, y concurren á multiplicar sus juegos de luz. También esta tercera emergencia produce, después de dos reflexiones, el arco iris secundario que se ve ordinariamente encima del arco iris ordinario, y que tiene los colores dispuestos en sentido inverso, es decir, el rojo por dentro con una triple anchura. Cuatro ó cinco reflexiones internas dan lugar á una quinta emergencia de rayos mas y mas débiles, y esos últimos son los que producen un arco iris de una especie mas rara.

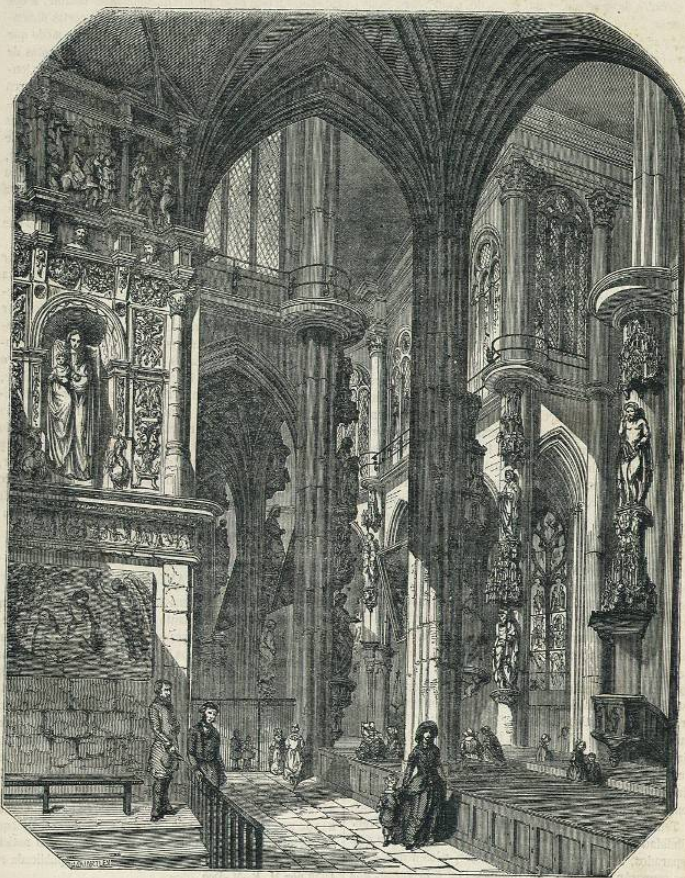
IGLESIA DE SAN PANTALEON EN TROYES.

San Pantaleon sufrió el martirio en tiempo de Galerio por los años de 305; es un santo muy venerado de los griegos. Los habitantes de Troyes le han consagrado una de sus iglesias en memoria del papa Urbano IV, que era hijo de una pobre familia de esa capital de la Champaña y se llamaba Santiago Pantaleon. Esa iglesia se halla situada en la parte occidental de la ciudad que se llama el barrio alto. Es un edificio de reducidas dimensiones, construido al estilo del Renacimiento, sobre un terreno ocupado antiguamente por un oratorio de forma cuadrada. Una inscripción latina que hay en lo alto del edificio, recuerda que fué elevado en 1527; sin embargo el pórtico es de mediados del siglo XVIII. La nave y las capillas, muy bien alumbradas, se hallan adornadas de un crecido número de pinturas y esculturas. Hé aquí una descripción de esas obras de arte sacada de una noticia sobre los principales monumentos de Troyes, publicada en 1838 por M. F. M. Doe.

» Las doce pilastras que sostienen las bóvedas se hallan adornadas con ricos cimbanillos y clavos que cubren y sostienen veintuna estatuas casi del tamaño natural, y puestas en dos hileras: todas esas estatuas tienen cierta sencillez que encanta la vista; se atribuyen generalmente á F. Genil y á su socio Dominique, así como el grupo de San Joaquín de Santa Ana encontrándose bajo la puerta dorada, que se

ve en la capilla de la derecha del altar. La primera capilla de la derecha de la nave, en forma de calvario, encierra muchos grupos del mismo estilo, entre los cuales se distinguen principalmente: la *Mater dolorosa*, que Girardon consideraba como la obra maestra de Gentil; — Pilato mos-

trando el Cristo á los judíos, y la Virgen sostenida por la Magdalena y San Juan, que toman comunmente por las tres Marias. El retablo de la capilla que sigue después, se halla adornado con un grupo de piedra cuyas figuras de tres pies de proporción, representan á San Crispín y San Crispiniano



Vista interior de San Pantaleon en Troyes.—Dibujo de LANCELOT.

ocupados el uno en cortar el cuero y el otro en coser la suela de un zapato, en tanto que llegan á prenderlos varios soldados: ambos santos tienen una expresión de calma y de resignación que contrastan perfectamente con la bárbara alegría que llevan pintada sus satélites. Los trajes de estos últimos son del tiempo de Enrique II. Los paños y las figuras

han sido cubiertas de colores y de dorados que conservan en todo su brillo. Bajo los arcos de la nave y del coro se ven seis grandes cuadros de Carré, discípulo de Lebrun, representando la vida de San Pantaleon, y otros dos de Herbisson que representan la Natividad y el Cristo en el sepulcro. Las columnas del retablo del altar mayor son muy estimadas.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN.

(LOS TÍTULOS QUE LLEVAN UN ASTERISCO AL PRINCIPIO TIENEN GRABADO.)

PINTURA, DIBUJO Y GRABADO.

*WATEAU: La Fiesta veneciana, 1. *RAFAEL: Un retrato, 4. *BOUCHER: Las Niñas adormecidas, 9. *REMBRANDT: El Descendimiento, 17. *LAWRENCE: Retrato de Jorge IV, 25. *WILKIE: El Ciego violinista, 28. — El Buhonero, 32. *PABLO REMBRANDT (su retrato), 33. *HUYSMANS DE MALINAS: La Barranca, 41. *PEDRO PABLO RUDHON: El Espio de Paquia, 49. *BOUCHER: Una vista de Pompeya, 50. *FRUPHON: La Justicia y la Venganza divina, 69. *GERICAULT: El Naufragio de la Medusa, 65. *VAN MECKENEM, 68. *CARLOS VERNET: Los Ingleses en París, 77. *LENAIN: La Fragua, 81. *BELLANGE: Un cuadro, 85. *MURILLO: La Virgen de la Faja, 89. *BLANCHARD: La primera misa en América, 97. *RIBERA: El Martirio de San Bartolomé, 101. *WESBSTER: La Vuelta a la escuela, 101. *FRAGONARD: La Fuente del Amor, 105. *LIER: Una escena de la infancia de Cloek, 128. *WOUWERMANS: El Asno, 132. *REMBRANDT: La resurrección de Lázaro, 137. *VAN OSTADE: La Disputa en la taberna, 145. *VAN LOO (su retrato) 152. — La Merienda, 153. *NICOLAS POUSSIN: Los Pastores de la Arcada, 160. *CLAUDIO DE LORENA: Puerto de Messina, 165. *Estudios de plomo y modernos, 168, 169. *FRAGONARD: La Cuna, 173. *GRIEZE: La Torta alfre Malo, 184. *LESUEUR: Sepulcro de la reina Nicotris, 185. *FRUPHON: La Venganza divina, 200. *GERICAULT: El Cazador de la Guardia Imperial, 201. *WOUWERMANS: Alto de oficiales, 209. *OUDRY, 216, 217. *JOUVENET: El Descendimiento, 224. *VAN OSTADE: El Fomador, 225. *JOUVENET: La Pesca milagrosa, 237. *REMBRANDT: La

Robda nocturna, 241. *VERNET: El Mameluco, 249. *GIRAUD: Recuerdos de Sierra-Nevada, 252. *LAWRENCE: Carlos X, 257. *FRAGONARD: La Fecondidad, 260. *BENDEMANN: La Vida humana, 264, 265. *VALENTIN: El Concerto, 285. *WOUWERMANS: La Caza de patos, 288. *MONROYER: Jarron de flores, 301. *POTTER: La Bebesta de ganado, 303. *DUBRO: Los desposorios de la Virgen, 305. *BOSSÉ: El Regalo de boda, 309. *VAN OSTADE: La Familia rústica, 320. *POUSSIN: San Pablo arrebatado al cielo, 329. *METZU: La Vista inesperada, 341. *DUBRO: Las Mulas, 349. *LESUEUR: El Martirio de San Lorenzo, 352. — Predicación de San Pablo en Eféso, 353. *MURILLO: Una Joven Mora, 361. *VALENTIN: La Inocencia de Susana, 364. *DUBRO: La Virgen de la Mona, 369. *CLAUDIO DE LORENA: El Abrevadero, 372.

*Los Campos-Eliseos á vista de pájaro, 8. *El sueño del soldado, 46. — *PINTURAS DE VIDRIERAS. San Fernando de Castilla y Santa Adelaida de Hungría, 30. *Procesion de peregrinos en Pesch, 36. *Los desfiladeros de la corona, 44. *La música sagrada, 48. *El Prebichidior, 52. *Un volador en Venecia, 57. *Dignidad e impudencia, 81. *Una escena de invierno, 88. *Lago inferior de Killarney, 93. *La Antigüedad y el Renacimiento, 129. *La ribera del Xilo, 136. *Las dos hermanas, 140. *La inundacion, 141. *Museo de Cluni, 148. *San Leo, 192. *La primavera, 193. *Cubierta de un vapor, 205. *Panichis, 222. *El Morvan, 239. *Cascada de Giesbach, 250. *Los tiempos de nieve, 276. *La Rastrelladora de cadamo (Berma), 281. *El estilo, 313. *El trabajador eterno, 371. *Los niños mimados, 377. *La cosecha de frutas en Suiza, 388.

ARQUITECTURA.

*El puente de Toledo en Madrid, 12. *La iglesia de Loupiac, 40. *Nuestra Señora de Chalons-sur-Marne, 95. *La capilla del robo en Quilo, 120. *El teatro de Marcelo en Roma, 161. *Catedral de San Pedro en Troyes, 208. *Fuente de San Sulpicio en París, 213. *El Palacio de

Cristal, 272 y 273. *Catedral de Chartres, 228. *Vista interior de San Pantaleon en Troyes, 340.

*ESCULTURA. *Grupo de figuras cinceladas, 177. *Estatua de Minerva, 221. *Museo Egipcio, 311. *El retablo de la Cella, 345.

LITERATURA Y MORAL.

*POESÍAS. La noche en la soledad, 34. La Cruz, por D. G. G. de AVELLANEDA, 350. Secretos del alma, 419. Poesía devota por PRINCIPLE, 171. El rizo, 184. Epístola gratulatoria, por J. E. HARTZEMBUTCH.

La patria ideal, poesía traducida de Verner, 359. Las Mujeres verdaderas, composición fantástica en un acto.

*NOVELAS. La Chacra del Diablo, por JORGE SAND, 4, 13, 21, 29, 36, 44, 52 y 58. Ricardo y Zulema, 60. La Noche de Navidad, 66, 77 y 82. El Día de Reyes, 83 y 90. Benedicta, 98, 106, 114, 124, 133, 140 y 146. Magdalena, por J. SANDEAU, 166, 169, 184, 189, 197, 206, 210, 217, 226, 237, 242, 250, 258, 266, 271 y 285. *Diario de un vicario de aldea, 289, 297. El leproso de la ciudad de Aostio, 322, 335. Los Proyectos, 334, 362. Un matrimonio á escondidas, 330.

*CUENTOS, LEYENDAS, TRADICIONES, CANTIGOS, ANECDOTAS. M. Brown, 6 el posadero de Albany, 10. La mano

de mi madre, 28. Un presidiario generoso, 43. La peña hueca (cuento arabe), 101, 109. La copa de aguardiente, 118. Los retratos viejos 130. Buonamico Buffalmacco, 153, 162. La novia de oro, por J. E. HARTZEMBUTCH, 178. Las bocas del lago, 204. El vampiro, 289. *El quinto (anécdota), 230 y 233. La resignacion, 287. Un viejo, 202, 206. *La Arcadia, 314. Un poeta y un actor, 369. *Una leyenda de Colonia, 340.

*MAXIMAS, PENSAMIENTOS, LECCIONES MORALES. — Fragmentos: La familia, la educación, el hijo, 11. — El respeto á la ancianidad, 12. El Gesta Romanorum. — La Vaca de los cuernos de oro, 48. — Rosmunda: las Tres Empanadas, 19. La Concencia, 26. De los juicios humanos, 27. Desde lo alto de una montaña, 35. Máximas de Schiller, 63. Máximas de Senn, 236. Gerhard el Bueno, traducción del alemán, 370.